

Roland Breuer

En torno a la estupidez

Introducción y traducción de Francisco Javier Alcalá

eug

UN EXCESO POR DEFECTO. BOSQUEJAR LA ESTUPIDEZ CON ROLAND BREEUR	9
EN TORNO A LA ESTUPIDEZ	25
INTRODUCCIÓN. La idiosofía	25
Un idiota serio	25
Conciencia principesca	30
La estupidez y la nada	33
Los problemas.	36
Concepto y anticoncepto	42
Conclusión	45

Primera parte

ESTUPIDEZ SIN ERROR

LA ESTUPIDEZ ONTOLÓGICA	51
Introducción.	51
Los gazapos.	56
Las dos «uniones»	61
Bergson.	66
«La estupidez es el camembert de Flaubert»	72
Los mártires de la estupidez y el deseo de ser	81
La distracción ontológica	86

LAS MENTES ENFERMAS. Descartes y la estupidez. . . .	91
Introducción.	91
El «problema» cartesiano.	95
Dualismo y unión.	100
Las mentes enfermas.	108
Conclusión.	111
EL PAISAJE DE LO TRASCENDENTAL	115
El ridículo.	115
«¿Cómo es posible la estupidez?»	118
El error.	122
Las preguntas tontas	127
Pensamiento y exterioridad	130
Estupidez trascendental.	141
Estupidez e individuación	149
Lo trascendental se anima	153

Segunda parte

EL PRÓJIMO Y LA SINGULARIDAD

LA ESTUPIDEZ ES LA ESTUPIDEZ DEL OTRO	159
Introducción	159
Del fracaso	162
Valor y fracaso.	168
Antivalor.	170
La estupidez	173
Seducción de la estupidez	176
Conclusión.	180

ESTUPIDEZ Y SINGULARIDAD	183
Introducción	183
Olvido y conciencia idiota	190
Olvido y singularidad	202
Singularidad y recuerdo	208

Tercera parte
ENTRE LO IMAGINARIO
Y LO INFINITAMENTE PEQUEÑO

UN POCO DE TIEMPO EN ESTADO PURO	217
El sueño de Alfred Maury	217
Alain y Sartre	221
La conciencia imaginante	223
El objeto irreal	230
El tiempo irreal	234
Creación continua	241
Conclusión	246
PASIONES IMAGINARIAS. Violencia y sentimentalismo . .	249
Imaginación e inversión	249
Las pasiones imaginarias	252
Las pasiones violentas	256
El «trastorno de Léonie»	263
Vulnerabilidad y conformismo	272
Los castrados	276

EN TORNO A LA ESTUPIDEZ

ROLAND BREEUR

EN TORNO A LA ESTUPIDEZ

Introducción y traducción
Francisco Javier Alcalá



Granada
2021

COLECCIÓN FILOSOFÍA Y PENSAMIENTO

SERIE CUESTIONES ABIERTAS

Directores: Luis Sáez Rueda, Óscar Barroso Fernández y Javier de la Higuera Espín.

Consejo Asesor: Remedios Ávila (UGR); María Eugenia Borsani (U. de Comahue-CEAPEDI, Argentina); Antonio Campillo (U. de Murcia); Victoria Camps (UAB); Germán Cano (U. de Alcalá de Henares); Pedro Cerezo (Real Academia de CC. Morales y Políticas); Andrés Covarrubias (PUC de Chile); Manuel Cruz (U. de Barcelona); Roberto Esposito (Instituto de Ciencias Humanas, Italia); Marina Garcés (U. de Zaragoza); Juan Francisco G. Casanova (UGR); Alain Jugnon (Nantes); Johannes Kabatek (U. Zürich, Suiza); Fernando M. Manrique (UGR); José Luis Pardo (U. Complutense de Madrid); Paulina Rivero (UNAM, México); Johannes Rohbeck (U. de Dresden, Alemania); Miguel Villamil (U. de San Buenaventura, Colombia).

Título original: *Autour de la bête*

© Classiques Garnier, Paris, 2015

© ROLAND BREEUR

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

© De la traducción FRANCISCO G. JAVIER ALCALÁ

ISBN: 978-84-338-6849-7

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja. Granada

Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada

Telf.: 958 243930-246220

Web: editorial.ugr.es

Fotocomposición: María José García Sanchis. Granada

Diseño de cubierta: Josemaría Medina Alvea. Granada

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

En memoria de mi hermano quimérico

Para Marie

*¿Qué forma debe uno adoptar para
expresar a veces su opinión sobre las
cosas de este mundo sin arriesgarse a
pasar, más tarde, por un imbécil?*

FLAUBERT

UN EXCESO POR DEFECTO: BOSQUEJAR LA ESTUPIDEZ
CON ROLAND BREEUR

Francisco J. Alcalá

En el libro que presentamos en estas líneas, el filósofo belga Roland Breeur aborda un problema capital para el pensamiento, no solo filosófico: el de la estupidez. De la estupidez podría decirse que acompaña perennemente a lo que pensamos y hacemos como un riesgo inevitable en que el menor descuido nos hará recaer.

Medirse con esa acechante estupidez de «frente de toro» constituye, por tanto, una tarea de obligado cumplimiento para toda filosofía. Ahora bien, este fenómeno posee manifestaciones muy diversas que el autor encara de manera consecuente con el anuncio del título de la obra, *En torno a la estupidez*: no se trata tanto de confrontar o desafiar la estupidez frontalmente como de orbitar a su alrededor, con el pretexto de los análisis sobre el tema llevados a cabo por diversos pensadores y literatos. Entre tales autores se cuentan Jean-Paul Sartre, Henri Bergson, Gilles Deleuze, Gustave Flaubert o Marcel Proust. Conviene asimismo precisar que esta intención de ofrecer un bosquejo transversal de la estupidez en lugar de un análisis sistemático no menoscaba en absoluto la ambición teórica del libro, pues como el propio autor declara ya en la misma introducción: si bien no busca «establecer una u otra “teoría de la estupidez” [...] bien podría suceder que, de paso, la estupidez ocupara su lugar» (p. 45).

En una primera aproximación, la estupidez se presenta vinculada con la pretendida identidad del sujeto. El propio Sartre hacía bascular la individuación subjetiva entre el énfasis y la disipación, el exceso y el defecto de sí. El sujeto es entonces un «equilibrio inestable» entre estas dos tendencias, enfrentadas a la manera de los dos infinitos de Pascal: el principio de identidad representado por la conciencia pura («el idiota» como mera ipseidad) y la inevitable impostura que es el yo («la estupidez» como énfasis de la propia identidad subjetiva). Y puesto que el yo impostado o estúpido se remonta necesariamente a la conciencia idiota de la que proviene, es antes bien el objeto de esa conciencia que su soberano: un resto que, pese a ser en sí mismo una falta, siempre «está de más». Como frente a toda alternativa, uno elige aquí la opción menos comprometida: mejor excederse que disiparse, claro. Es desde este último punto de vista que la estupidez puede ser entendida como «un exceso por defecto», expresión que tiene la virtud de designar tanto el automatismo cuasi maquinal mediante el que se constituye la identidad subjetiva como la relación causal que se establece entre ella y esa falta original. Ante la falta o la carencia originaria que es la conciencia, la cual amenaza permanentemente con reabsorber el yo, este opta por entregarse al énfasis y a la exageración. Énfasis y exageración de sí ante el abismo de la conciencia que resultan fundamentalmente estúpidos.

Entonces, nada nos libra definitivamente de la estupidez que, al fin y al cabo, somos. Tampoco la inteligencia, envuelta a menudo en una autosuficiencia que es terreno abonado para sus desmanes. Si acaso algo nos protege de la estupidez es la generosidad, que en cierto modo es siempre un «echarse a un lado» o una «puesta entre paréntesis de uno mismo» a favor de los demás. No en balde, el concepto de generosidad juega un importante papel en la filosofía cartesiana. Como señala Cirilo

Flórez, la generosidad es «la virtud paradigmática de la moral» para Descartes¹, sobre cuya base se realiza el tránsito del principio metafísico que es el cogito a la autonomía moral o el libre albedrío. Testimoniando de la unión del cuerpo y el alma, el propio ejercicio del libre arbitrio –y el reconocimiento del mismo en los demás que lleva aparejado– es la única razón legítima por la cual el ser humano puede estimarse. Por eso, Descartes sentencia: «Los que son generosos [...] consideran que lo más importante es hacer el bien a los demás hombres y despreciar su propio interés, son siempre perfectamente corteses, afables y serviciales con el prójimo. Además son enteramente dueños de sus pasiones»². De esta breve incursión en la filosofía cartesiana, podemos concluir que la generosidad reivindicada por Breuer como correctivo de la estupidez atempera las pasiones de los seres humanos, atenuando las exageraciones de la identidad subjetiva hacia la virtud en que consiste la libertad cuando es genuina. Es así como nos aleja de la estupidez.

A continuación, realizaremos a modo de síntesis un breve comentario crítico sobre cada uno de los capítulos que

1. Cirilo Flórez. “René Descartes, la constitución de la modernidad”, en *Biblioteca de grandes pensadores. Descartes*. Madrid, Gredos, 1987, p. CII.

2. René Descartes. “Las pasiones del alma” [1649], en *Ibid.*, art. 156, p. 521. Acerca de la relación entre el ejercicio del libre albedrío y el reconocimiento del mismo en los demás a que nos hemos referido, afirma: «Los que tienen este conocimiento y sentimiento de sí mismos se persuaden fácilmente de que todos los demás hombres también pueden tenerlos». *Ibid.*, art. 154, p. 526. Finalmente, sobre el libre arbitrio como única razón legítima para la estima del ser humano: «Solo observo en nosotros una cosa que puede autorizar con razón a estimarnos: el uso de nuestro libre arbitrio y el dominio que tenemos de nuestras facultades; pues solo por las acciones que dependen de este libre arbitrio podemos ser alabados o censurados con razón». *Ibid.*, art. 152, p. 526.

componen la obra. De este modo, aplicaremos en este estudio introductorio un método similar al que se emplea en el libro: orbitaremos alrededor de su contenido para tratar de arrojar nuevas luces y terminar ofreciendo una valoración general acerca del alcance de la propuesta de Breeur, así como del lugar que ocupa entre la literatura disponible a propósito de este tema apasionante que es la estupidez.

En el primer capítulo, se profundiza en la caracterización de la estupidez desde un punto de vista ontológico, dilucidando así el marco temático y conceptual en que se inscriben las reflexiones posteriores. El autor insiste particularmente en esa caracterización de la estupidez como un «exceso por defecto» a que acabamos de referirnos: más que una carencia, la estupidez se configura siempre como un exceso que responde al defecto o la impostura que al cabo somos. La impostada exageración con que respondemos a nuestra idiotez fundamental es así el umbral de la estupidez.

Ya Malebranche advirtió que la estupidez desborda el ámbito del error para contaminar al propio pensamiento. Circunscrita al error, la estupidez es simple necedad o mera impostura, «una pretensión a la inteligencia sin los medios de la inteligencia» (p. 52) o un pensamiento que se limita a simular la razón sin poseerla. Pero, en la estela de otros autores como Deleuze, Breeur distingue una forma más profunda de estupidez: la de quien desemboca en el sinsentido a pesar de disponer de esos medios de la inteligencia que deberían haberle permitido superarlo.

Habría entonces un tipo de estupidez más bien trivial que, como en el ejemplo de los gazapos, responde a un descuido accidental. No es particularmente difícil de superar: basta con aplicarse un poco, con disciplinarse e informarse mejor, con ser más prudente a la hora de expresarse... En suma, es una cuestión de método superar la estupidez cuando se limita

a la pugna entre lo verdadero y lo falso en que se inscribe el error. Pero cuando se mide con el sentido y el sinsentido, la estupidez constituye un desafío mucho mayor para el pensamiento: invencible, la sola inteligencia no basta para eludir de una vez por todas a esta «facultad de los falsos problemas». Ese es el sentido en que la entiende Deleuze, quien afirma que lo definitorio de la estupidez es dar «prueba de una ineptitud para constituir, para aprehender y determinar un problema como tal»³.

Ahora bien, ¿cuáles son esos falsos problemas y cómo podemos desembarazarnos de ellos? La complejidad de la empresa salta a la vista a poco que advirtamos las numerosas y muy diversas aproximaciones a la cuestión que se han llevado a cabo en la historia de la filosofía. No en vano, Breuer recuerda varios ejemplos de teorías que situaban la fuente de los falsos problemas en ámbitos no solo distintos, sino incluso enfrentados. El primero de los cuales es la devaluación de la experiencia sensible por parte de Malebranche, al juzgarla una unión del cuerpo con la naturaleza de la que no se sigue idea alguna (a diferencia de la unión con Dios, radicada en el entendimiento). Posición que será invertida luego por Bergson, quien considera que es el entendimiento lo que resulta ajeno a las ideas en cuanto que mecanismo distanciado del mundo de la vida. Y Sartre entrará en el debate para apostillar que hay siempre un desajuste entre el ámbito de la razón y el de la vida, del que se sigue un exceso de materia que contamina el sentido y viceversa. Exceso de materia que se cierne sobre el sentido de lo que pensamos y somos, dejándonos en ridículo: como en el hilarante ejemplo

3. Gilles Deleuze. *Diferencia y repetición* [1968]. Buenos Aires, Amorrortu, 2002, pp. 243-244.

de la Sra. de Cambremer en la novela de Proust, a la que persiguen los atributos del queso normando que su nombre evocaba en los oídos del ascensorista distraído. Exceso de sentido que se abate sobre la materia como un mecanismo que la desnaturaliza, suscitando la risa entre los presentes a la menor ocasión: como en los ejemplos del burócrata o las ceremonias, que someten el mundo de la vida a una lógica artificiosa que le resulta ajena. Tales planteamientos nos hacen tomar conciencia de que no hay un método que, sustrayéndonos a la distracción, nos permita esquivar para siempre la estupidez: esta va más allá de los errores eventuales a que aboca la falta de atención. Luego si hay en la estupidez una distracción, es de naturaleza ontológica.

El segundo capítulo nos muestra cómo también Descartes se hace cargo de esa semejanza entre dos órdenes diferenciados de cuya confusión se sigue la estupidez. Así como hay el pensamiento y hay el cuerpo, así hay también el ser humano que engloba ambas realidades separadas en una sola. Y Descartes entiende que sería estúpido confundir las perspectivas dualista y unionista, es decir, sería fuente inevitable de falsos problemas. A su juicio, tales confusiones son propias de «mentes enfermas», cuyos desvaríos las llevan, por ejemplo, a pretender conducirse en la vida con una certeza similar a la que ofrece el ámbito del pensamiento. Así pues, lo estúpido resulta una vez más de la confusión de órdenes, como los del mundo de la vida y el de la razón o los del unionismo y el dualismo.

En el tercer capítulo, Breeur acomete la tarea de mostrarnos la naturaleza trascendental de la estupidez. Y comienza advirtiéndolo, con Deleuze, que cuando se interpreta la estupidez en términos de error se la mantiene en un ámbito —el de lo empírico— que rebasa con creces. Esta es una postura acomodaticia que entiende la estupidez como una mera falta susceptible de ser corregida en cualquier momento. Pero

ejemplos como el del embajador Norpois de *En busca del tiempo perdido*, con su discurso vacío acerca de la vocación y los éxitos literarios, hacen intuir la existencia de una forma más insidiosa de estupidez: no hay nada falso en sus palabras, si bien debemos admitir que tampoco tienen demasiado sentido. Se trata de uno de esos discursos estúpidos contruidos a base de verdades... Pero de verdades «pequeñas» o triviales que no estimulan lo más mínimo el pensamiento⁴.

La primera consecuencia del estatus trascendental de la estupidez es que nadie está exento de ella: es consustancial al pensamiento. Luego no se puede delimitar a quienes tienen sus facultades mermadas, se distraen con facilidad o carecen de prudencia. Cualquiera puede terminar siendo estúpido, incluso cuando lo que pretende es criticar la misma estupidez. Tal es el destino de un pensamiento que «permanece indefenso ante la amenaza del sinsentido» (p. 149).

En esa tentativa de circunscribir la estupidez al ámbito del error se alinea la imagen dogmática del pensamiento tal

4. Cf. Gilles Deleuze. *Nietzsche y la filosofía* [1962]. Barcelona, Anagrama, 1998, p. 148. Para Deleuze, es precisamente en el descuido de los nexos que se establecen entre el pensamiento y aquello que lo estimula —o lo «fuerza»— donde se hace fuerte la imagen dogmática del pensamiento: tal es el significado de la estupidez en su filosofía. Vale la pena recordar la influencia de Platón que sus planteamientos presentan en este punto. En el libro VIII de la *República*, el ateniense establece una distinción entre dos tipos de objetos a la que Deleuze atribuye gran importancia: los que no inquietan al pensamiento y los que «fuerzan a pensar». He aquí el fragmento clave: «Te mostraré, si miras bien, que algunos de los objetos de las percepciones no incitan a la inteligencia al examen, por haber sido juzgados suficientemente por la percepción, mientras otros sin duda la estimulan a examinar, al no ofrecer la percepción nada digno de confianza». Platón, «República» [380 a. C.]. *Diálogos IV*. Madrid, Gredos, 1988, pp. 350-351 –523b– y sigs.

como Deleuze la concibe y denuncia. Y limitar la estupidez al error accidental es una de las líneas maestras del proyecto teórico de Descartes, quien distingue entre el buen sentido que testimonia la existencia de una afinidad natural con lo verdadero y el mal uso que podemos hacer de él en el juicio. La estupidez puede entenderse entonces como la persistencia en el error: uno es estúpido cuando yerra en algo que debería haber sabido, es decir, cuando malogra esa afinidad innata con lo verdadero en sus juicios particulares. Y si Descartes se permite ironizar acerca del reparto del buen sentido, cuando lo considera «la cosa mejor repartida del mundo»⁵, es porque entiende que la falibilidad que nuestros juicios exhiben «de hecho» no menoscaba en modo alguno esa afinidad innata con lo verdadero que conviene al pensamiento «por derecho». Equiparada al error, la estupidez es simplemente un desvarío ocasional que nos impide estar a la altura de nuestras facultades.

En este punto, Breeur explica cómo para Deleuze la propia verdad está sometida al criterio del sentido y el sinsentido, de modo que a nivel trascendental el pensamiento tiene en realidad otros enemigos más poderosos que el error. Tales enemigos son los de una forma «baja» de pensar desde el punto de vista del valor que aboca también a una carencia de sentido. Luego el elemento que, en lo sucesivo, le es propio al pensamiento no es la verdad «a secas», sino las verdades que producen sentido en un contexto problemático y que son altas desde el punto de vista del valor. Tal es el «criterio de falsación» que Deleuze acuña para el pensamiento. A esta nueva luz, la estupidez y la bajeza desplazan finalmente al error y se muestran como los auténticos enemigos del

5. René Descartes. «Discurso del método» [1637], *op. cit.*, p. 101.

pensamiento; netamente más peligrosos. El elemento del pensamiento es entonces el problema y el sentido de un problema no se define por su propensión a obtener una solución ni por la calidad de esta, sino al contrario: tenemos siempre las verdades que merecemos de acuerdo con los problemas que concebimos y, en suma, con nuestra capacidad para problematizar la verdad. A esta nueva luz, la opinión es un desahogo culpable que exime del trabajo propio del pensamiento, esto es, del planteamiento de los problemas: *epojé* de andar por casa que valida nuestros juicios e ideas preconcebidos. De ahí su estupidez.

El cuarto capítulo indaga, a partir de Sartre, las implicaciones de la intersubjetividad en la conformación de la estupidez. En este sentido, el autor establece que es en relación con la libertad del prójimo como la espontaneidad del yo se fija en un «sí-mismo» que viene impuesto desde el exterior. Tal identidad no es otra cosa que aquello por lo que el otro me toma. Ahora bien, esta limitación consustancial a la libertad del individuo que lleva aparejada la libertad de ese otro que es el prójimo puede conjurarse desde el interior. Se apunta en este sentido a una suerte de cuidado de sí o de estética de la existencia que permite encontrar un equilibrio inestable entre los dos extremos: ni dejarse limitar completamente en la propia espontaneidad por el sí-mismo que conlleva la otredad ni protegerla con tanto celo que se haga de ella una hipóstasis fundamentalmente estúpida. A este equilibrio Breeur lo llama, con Descartes y Sartre, generosidad.

En el siguiente capítulo, se profundiza en las inquisiciones del anterior a partir de ese gran tratado sobre las diferentes formas de estupidez que es *En busca del tiempo perdido*. Breeur se sirve así de Proust para establecer que ese núcleo sordo y mudo de singularidad que hay en la base del yo obstruye la

propia experiencia del tiempo, siempre en connivencia con el prójimo. No en balde, el narrador de la obra manifiesta primero que no es consciente de su edad para luego incurrir en un desliz que lo constata en casa de los Guermantes: provoca la risa de los demás comensales cuando se refiere a sí mismo como al «muchacho» que dejó de ser hace años. De este modo, deja escapar –entre otras señales– los indicios del paso del tiempo y asume estúpidamente el punto de vista de su madre cuando decía cariñosamente de él que «ya casi es un chico mayor».

El sexto capítulo aborda la interpretación de lo imaginario de Sartre, quien contrapone la imaginación a la percepción como lo posible a lo real: la primera facultad plantea una nada, la segunda un ser. Luego el acto de la conciencia imaginante puede caracterizarse como una «doble nihilización» por la cual, de un lado, se aniquila la conciencia perceptiva con miras a irrealizar lo real y, del otro, se plantea el objeto pretendido, pero como una ausencia presente en esa misma realidad, es decir, como una imagen. Lo real es, por tanto, neutralizado en favor de lo imaginario-ausente que abre a realidades todavía irreales o por venir. En lugar de constituir una evasión de la realidad presente, lo imaginario nos sustrae a las limitaciones del mundo real en la forma –necesariamente utópica– de un futuro proyectado.

El séptimo capítulo se ocupa de las pasiones. Si al hablar de «inteligencia emocional» con Daniel Goleman reconocemos que estas pueden ser inteligentes⁶, habremos de convenir igualmente –siguiendo a Breuer– que pueden ser también estúpidas. Las pasiones comparten con lo imaginario esa

6. Daniel Goleman. *Inteligencia emocional* [1995]. Barcelona, Kairós, 2005.

transformación de la realidad que busca «conjurar la presencia de las cosas para actuar sobre el modo mismo de su aparecer» (p. 251), es decir, modifican la estructura fenoménica de las cosas y en este sentido transforman la realidad. Desde este punto de vista, las pasiones también pueden ser imaginarias y en este capítulo se analizan dos de las formas de esta modalidad, a saber: la violencia y el sentimentalismo. La violencia se caracteriza por una inadecuación o un desfase del acto que le corresponde con respecto a la realidad que lo desencadena: el acto violento «no se ajusta a los acontecimientos», «pierde la noción de las conveniencias»... Se excede siempre en su reacción y es por ello que es estúpido. Del predominio del sentimentalismo en nuestras sociedades testimonian, por ejemplo, la proliferación del activismo político meramente simbólico y la omnipresencia de un cierto enfoque terapéutico («el terapismo») que hace de toda reacción emocional un trastorno: el primero se regodea en una supuesta impotencia a través de una «acción» que no compromete en gran cosa al agente, e incluso lo refuerza en su narcisismo; el segundo desconecta las reacciones emocionales de sus causas reales y objetivas, a menudo injusticias de naturaleza social, para tratarlas como un trastorno meramente individual que resulta de la naturaleza vulnerable de los seres humanos. No podemos evitar percibir, con Breuer, en ambos fenómenos una neutralización de lo real en provecho de lo imaginario que abriga fines menos utópicos que regresivos. Tales síntomas se resumen en una especie de «trastorno de Léonie» elevado a lo social, de acuerdo con el agudo diagnóstico del autor: como la tía Léonie en la novela de Proust, nuestras sociedades evocan imaginariamente escenas tristes para confirmarse en la situación real o el *statu quo* como destino trágico y fatal, obviando así toda acción transformadora con el pretexto de una supuesta impotencia.

Cierra el libro un hermoso capítulo dedicado a la estupidez de los objetos en miniatura, los cuales son resumidos de manera entre entrañable y nostálgica en el coche de Lego que el padre del autor le construyó cuando era niño. Estaba logrado, pero... Era tan pequeño. Establece así Breeur un interesante paralelismo entre el modelo reducido y la estupidez humana: ambos se caracterizan por un defecto y por un exceso. Exceso de la forma sobre la materia en el caso del objeto en miniatura que hace de la materia restante un exceso que lo separa fatalmente de lo imaginario. La escasa materia que acoge la forma de estos objetos está siempre de más... Porque siempre está menoscabada en relación con ella. Y este es un estatus ambiguo –si no paradójico– en que las «polillas filosóficas» que somos, según los gigantes de Voltaire, no podemos por menos de reconocernos.

Pero volvamos al principio para terminar este comentario con una breve conclusión. Concretamente, a la inquietante pregunta de Flaubert con que se abre el libro: ¿de qué forma podríamos expresar nuestra opinión sobre las cosas del mundo para evitarnos el trance de pasar, tiempo después, por unos imbéciles?

Tales consideraciones desmienten por anticipado la audacia casi tautológica de aquella interesante definición según la cual la estupidez «es la pretensión a la inteligencia sin los medios de la inteligencia». Para incurrir en la estupidez hay, por el contrario, que ser inteligente. Como hemos visto, quien carece de juicio o lo tiene severamente mermado solo a duras penas puede ser calificado de estúpido. La estupidez tendría entonces más bien que ver con el aire de suficiencia de aquel que, sabiéndose poseedor de los medios de la inteligencia, termina saltando al vacío cuando creía pisar en firme, como un equilibrista demasiado confiado en el arnés que le impide la caída. A esta nueva luz, la estupidez está vinculada tanto

con la posesión de los medios de la inteligencia como con las ideas y valores en curso. Con respecto a los últimos, «mira» en dos direcciones, hacia el futuro y hacia el presente: puede ser igualmente estúpido aquel que se deja imbuir por las ideas y valores del momento y los asume acríticamente que aquel que rompe con los mismos para aventurarse en territorios inciertos, los cuales o bien están aún por venir o bien no vendrán nunca porque son mero delirio. Quien nunca arriesga una pisada y quien hace oficio de ese riesgo. A veces la inteligencia y la estupidez más aceradas pueden incluso coexistir en diferentes facetas de una misma persona. Recordemos, a modo de ilustración, al admirable Georges Bataille cuando dice que «la prostitución es consecuencia de la actitud femenina»⁷ o al genial Immanuel Kant cuando afirma que «los americanos y los negros son razas que, en lo referente a sus condiciones espirituales, se han hundido muy por debajo del resto de los miembros de la especie humana»⁸.

Entonces y solo entonces, la estupidez muestra hasta qué punto está vinculada a la inteligencia: en algunos casos, actúa como su condición de posibilidad. Y Breuer lo advierte de manera particularmente sugerente cuando declara que «hay, pues, una especie de estupidez como horizonte mismo de nuestra experiencia cotidiana del mundo y contra la que –como sugería Camus– surge el espíritu de revuelta» (p. 309). Cabe entonces concluir que, tal y como la entiende Breuer, la estupidez está vinculada también con la apertura o

7. Georges Bataille. *El erotismo* [1957]. Barcelona, Tusquets, 1997, p. 137.

8. Immanuel Kant. *KGS XII*. 801. Citado en José Santos Herceg. “Immanuel Kant: del racialismo al racismo”, en *Thémata* núm. 43 (2010): p. 411.

la creación de lo posible. No en balde, Deleuze afirmaba en un sentido similar que «si el pensamiento sólo piensa constreñido y forzado, si sigue siendo estúpido en tanto nada lo fuerza a pensar, ¿lo que lo fuerza a pensar no es también la existencia de la estupidez, a saber, que él no piensa si no hay nada que lo fuerce?».⁹ Luego es imposible elevarse sobre la inteligencia del momento presente sin reconocer sus cotas de estupidez, que son entonces las de uno mismo. La estupidez suele tener esa naturaleza: una carencia triunfante que, en su orgullosa exuberancia, no se alcanza siquiera a intuir. Por eso es siempre tan fácil tomar por estúpido al intempestivo o al heterodoxo y tan difícil reconocer la estupidez en quien nunca pisa en falso: la estupidez del último suele ser también la nuestra.

En cualquier caso, si algo nos protege de la estupidez es —lo decíamos al comienzo— esa suerte de puesta entre paréntesis de uno mismo a favor de los demás en que consiste la generosidad. Generosidad que no le será difícil de reconocer al lector atento en los bosquejos de la estupidez acometidos aquí por Roland Breeur. De lo expuesto, podemos concluir que *En torno a la estupidez* ocupa por derecho propio un lugar destacado en la bibliografía sobre el tema, que es en la actualidad tan extensa como variada. Y quizá una de sus mayores virtudes sea precisamente esa generosidad a que acabamos de referirnos. La que conduce al autor a revitalizar, con envidiable erudición, los planteamientos de los pensadores y escritores con que dialoga en provecho de un abordaje de la estupidez a la altura de los tiempos.

En cuanto a la traducción del texto, baste añadir que he intentado tanto mantenerme fiel al contenido y el estilo del

9. Gilles Deleuze. *Diferencia y repetición*, op. cit., p. 407.

original como interferir lo menos posible en su lectura. El segundo propósito me ha llevado a prescindir de cualquier nota aclaratoria que pudiera resultar superflua: solo he incluido anotaciones en las contadas ocasiones en que se empleaban términos idiosincrásicos de la lengua francesa sin equivalente en castellano o referencias particularmente eruditas que podían dificultar la tarea del lector.

EN TORNO A LA ESTUPIDEZ

INTRODUCCIÓN

La idiosofía

Hacer preguntas es querer respuestas. Mientras que plantear problemas es tratar de dibujar una problemática.

G. DELEUZE

UN IDIOTA SERIO

Un filósofo amigo mío me contó una vez que, cuando todavía iba a la escuela, se decía sin cesar que no estaría satisfecho hasta el día en que descubriera algo serio y grave a lo que consagrar sus pensamientos. Qué felicidad –se decía entonces– la de sumergir su pensamiento en un tema de gran importancia, la de estar completamente absorbido por él las veinticuatro horas del día. Vivir en profunda simbiosis con el tema a resolver, el problema a desplegar, estar totalmente retenido, atrapado y hechizado por él. Como en un sueño. El mundo de los vivos solo se le aparecería a lo lejos y en nada perturbaría su meditación profunda, secreta y silenciosa.

Desgraciadamente, su mente no era sino pura distracción. Imposible mantener su atención en la menor cosa. Los deba-

tes de la escuela lo aburrían a rabiar, las clases le resultaban a menudo un suplicio: su mente estaba en otro lugar. Solo que este otro lugar era insignificante. Era como mucho una falta. Falta de atención, falta de concentración, falta de paciencia... Así que estaba siempre «ausente». Distraído, pasaba a ojos de los benevolentes por pensativo, por un meditabundo siempre absorto en sus pensamientos. Para otros, más perspicaces en la materia, no era más que un idiota. Ellos tenían opiniones sobre todo, discutían con pasión de cosas serias: la política, el dinero y las muchachas. Ellos adoptaban en tales circunstancias un espíritu de seriedad.

Es en tanto que idiota que él ha llegado a hacer filosofía. En la filosofía encontró la «actitud» que le convenía: aquella que le permitía hacer el idiota con seriedad.

En los estudios que siguen, el problema de la estupidez será situado entre dos extremos: el del idiota y el del espíritu de seriedad. El espíritu idiota es aquel que carece de seriedad, que nadie puede tomar en serio, que seriamente no pierde ocasión de decir una estupidez. En cambio, el espíritu de seriedad es pesado. Imbuido de importancia e impregnado de lo que cree ser, todo lo que dice y lo que piensa es tan sólido como el suelo que pisa. Muy a menudo, la estupidez está en el estilo, en el tono o en la manera de decir las cosas: enfática y exagerada en el espíritu de seriedad, frívola y desequilibrada en el caso del idiota. Y por supuesto que estos dos extremos se tocan. Incluso el más frívolo no deja de tomarse en serio.

La estupidez reside probablemente en el hecho de «perder la realidad»: en el sentido en que se dice de Marcel, en *En busca del tiempo perdido*, que «pierde» las intenciones de Gilbert, «pierde» también la llamada de los tres árboles de Hudismesnil e incluso «pierde» el sentido de la sonata de Vinteuil... La respuesta estúpida es inadecuada e inapro-

piada de cara a la exigencia de la realidad: a pesar del buen sentido («que es la cosa mejor repartida...»), el espíritu de seriedad defiende una causa que los hechos han desmentido ampliamente —o el idiota no comprende la urgencia del momento y su sola presencia es ya una injuria de frivolidad—. El primero no capta el sentido irónico de una observación, el segundo hace una broma inconveniente. Son numerosos los autores, a menudo escritores, que han tratado de entender la razón o incluso la naturaleza de este fracaso. Al respecto, podemos referirnos a la obra magníficamente documentada de Alain Roger. No faltan las referencias a Molière, Flaubert, Deleuze, Bloy, etc., y sus análisis nos ofrecen una buena fuente de inspiración. Un auténtico «Breviario», en efecto, una especie de libro de oraciones que recitar habitualmente para prevenir la Estupidez: «*ne nos inducas in stultitiam*¹». En esta obra, Alain Roger se propone desarrollar una verdadera «teoría» de la Estupidez. Puesto que, en efecto, pocos son los autores que habrían aportado una respuesta decisiva a la cuestión: ¿qué es la estupidez? La respuesta que ofrece Alain Roger es muy clara: «la estupidez está esencialmente vinculada al principio de identidad, en su uso excesivo, abusivo, intempestivo y sobre todo vanidoso²». Según esta hipótesis, la definición de la estupidez concierne a la lógica: en lugar de infringir las leyes de la razón, se justifica por el contrario a partir de esta. La estupidez, dice en suma el autor de este ensayo, «se encomienda a ella con fatuidad, hasta el punto de aparecer, en sus formas más elocuentes, como la hipérbole del principio de identidad y su exhibición perentoria: “Un centavo es un centavo”, “Los negocios son los negocios”, “Un

1. A. Roger, *Bréviaire de la bêtise*, París, Gallimard, 2008, p. 15.

2. *Ibid.*, p. 10.

judío es siempre un judío, se diga lo que se diga”, “Digas lo que digas, un diamante es siempre un diamante”³».

Pero este principio de identidad solo es quizá una cara de la estupidez. En su notable trabajo sobre la estupidez de Barthes, Claude Coste muestra, en primer lugar, que la estupidez no se concibe sin una estrecha confrontación con la subjetividad. Y afirma que, para Barthes, la estupidez está vinculada con una «doble debilidad del sujeto: “yo” [*je*] soy estúpido siempre que “yo” [*je*] no soy “yo mismo” [*moi*] (cediendo a la hegemonía del estereotipo) y “yo” [*je*] soy estúpido siempre que “yo” [*je*] creo ser “yo mismo” [*moi*] (cediendo a la ilusión de lo imaginario)⁴».

Esta descripción resume muy bien la tensión en cuyo corazón se sitúa la obra que sigue. La estupidez será entendida como la afirmación de una presencia subjetiva en el mundo, en la que el sujeto oscila perpetuamente y permanece en un equilibrio inestable entre dos antítesis: por un lado, la ilusión de identidad; por otro lado, la sensación de no ser «yo mismo». Sin querer establecer una distinción rigurosa entre los dos términos⁵, la oposición coincide más

3. *Ibid.*, p. 11.

4. Claude Coste, *Bêtise de Barthes*, París, Klincksieck (colección Hourvari), 2011, p. 18.

5. En su libro de 1975 (*Essai sur la bêtise*, París, PUF, 1976, reeditado por La table ronde, 2004, pp. 11-56), Michel Adam ya había aventurado una tipología bastante sofisticada que intentaba clasificar los casos de la estupidez, yendo de la ingenuidad a la necesidad, de la estulticia al absurdo, etc. Sin pretender cuestionar el valor y la importancia de semejante clasificación, nuestro trabajo no hará uso de ella y seguirá un itinerario diferente. En lugar de partir de algunos conceptos relacionados con la estupidez y de determinar su contenido, preferimos adoptar la actitud inversa: partir de una descripción del contenido y relacionarla con el propio concepto.

o menos con la que acabo de sugerir entre el espíritu de seriedad y el idiota⁶.

Los dos conceptos de estupidez e idiotez aparecen en la célebre obra que Sartre dedicó a Flaubert: «el idiota» de la familia, que contiene un capítulo sobre la «estupidez» de Gustave. Vuelvo a ello en el primer capítulo. Pero la referencia a Sartre es de primera importancia: lo que desarrolla en *La trascendencia del ego* a propósito de la relación entre la conciencia y el ego resulta ineludible para la temática que se supone nos preocupa en lo sucesivo. En Sartre, toda individuación bascula entre una tendencia al énfasis y a la disipación de sí, a la exageración en los gestos y al desvanecimiento del yo [*moi*]. En vista del origen absoluto y vacío («idiota») de toda individuación, siempre corre el riesgo *de exagerar*, «de hacer hincapié». Así, el camarero exagera: su gesto es «demasiado enfático», el yo siempre es una

6. Mi punto de partida no es, por tanto, el que opondría el hombre a la «bestia» (cf. Deleuze: «La estupidez no es la animalidad», *Différence et répétition*, París, PUF (Épiméthée), 1968, p. 196). El animal puede parecer estúpido en el sentido de que su comportamiento no parece adaptado a las exigencias del medio (cf. los mecanismos de autodefensa del erizo ante la amenaza del tráfico por carretera). Condicionado en función de un medio determinado, su comportamiento es inconmensurable con el que exige un medio diferente al suyo. Ahora bien, el ser humano es inadaptado por definición. Es el ser cuya «esencia» es no estar condicionado por «nada». En consecuencia, si los seres humanos hacen estupideces, no es a causa de una «regresión» a la animalidad. Es debido a que en estos actos necios y estúpidos –y con independencia de la cuestión de si el ser humano está condicionado o determinado por la naturaleza (sus genes)– escapa a cualquier forma de «regresión». Para la relación entre la estupidez y el animal, cf. la sesión del 6 de febrero de 2002 del Seminario: «La bestia y el soberano», de J. Derrida (Volumen I, 2001-2002, París, Galilée, 2008, p. 223 y sigs).

especie «de impostura⁷». El yo es una tentativa de cualificación e individuación sobre un fondo de gratuidad. Un fondo sin fondo. En cambio, la libertad o ese *sin-fondo* arranca la conciencia del sí mismo, la arrastra en una espiral idiota de desfase y desintegración⁸.

CONCIENCIA PRINCIPESCA

En su ensayo sobre *El idiota* de Dostoievski, Walter Benjamin señala que, en su humildad y modestia, emana del Príncipe Mychkine un «orden» cuyo centro bien parece ser su soledad. Él es inalcanzable, inaccesible o impenetrable («ganz unnahbar»)⁹. Ahora bien, al mismo tiempo, todos los acontecimientos y personajes gravitan en torno a él. El idiota es un centro de gravitación, pero uno cuya particularidad consiste en no tener forma ni contenido. En este sentido, como indica su significado en la etimología griega, se dice que es simple, sin doble, único o singular¹⁰. Luego no se confunde con nadie y por esta misma razón

7. En un artículo original, Marielle Macé compara el énfasis característico del proceso de individuación con un «estilo de impostura» que, al mismo tiempo, contiene y socava toda promesa de ser uno mismo (Marielle Macé, Sartre et l'imposture comme style d'être —«Glissez, mortels, n'appuyez pas», en: *Figures de l'imposture. Entre philosophie, littérature et sciences* [editado por Jean-Charles Darmon], París, Éditions Desjonquères, 2013, pp. 233-245).

8. Cf. Lo que Sartre describe como «los espasmos del yo», *L'imaginaire*, París, Gallimard (Folio Essais), 1986, p. 285 y sigs.

9. Walter Benjamin: «Bei völliger Bescheidenheit, ja Demut dieses Menschen ist er ganz unnahbar und sein Leben strahlt eine Ordnung aus, deren Mitte eben die eigene, bis zum Verschwinden reife Einsamkeit ist» (“Der Idiot” von Dostojewskij, en: *Aufsätze, Essays, Vorträge, Gesammelte Schriften*, Tomo II.1, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 1991, p. 238).

10. Tomo el término «idiota» en un sentido parecido al que le da Clément Rosset en *Le Réel, Traité de l'idiotie* (París, Minuit, 1978). En este libro, él adopta el término *idiotez (idiôtes)* que significa, en primer lugar,